

comprende fácilmente cómo un representante escocés, que sabe por experiencia lo que es un debate de ese género, puede representarse el papel que haría un antiguo orador griego en discusión tan indigesta. Hay bien poco de común entre las controversias que entabla el Parlamento británico los miércoles por la tarde, y las brillantes cuestiones de guerra, diplomacia y alta política que se discutían en una mañana de otoño ó de primavera, á la sombra del Partenón y á la vista del Pentélico y del Himeto (1).

19 de Julio.—Fuí temprano á la estación del ferrocarril. Una vez en Londres, me dirigí enseguida á la Cámara de los Comunes, donde encontré al lord Preboste, á Morrison y á Maitdland, con quienes celebré una breve conferencia. A las doce se entró en la cuestión. Inició el asunto el lord Abogado; y luego Smith, el representante de Stockport, pronunció un enérgico discurso contra el clero edimburgués, y propuso la segunda lectura del *bill* para de allí é tres meses. Hadfield le secundó; y yo me levanté después de Hadfield, hablando sin ninguna preparación en cuanto al lenguaje, pero con toda afluencia y con gran efecto. Me alegré mucho de haber dado cima á la empresa. Ahora he hecho la cosa más hermosa por mis comitentes. Me sorprendió la acerbidad de los «volunta-

(1) Es probable que, con esa expresión «á lo Lisias», Macaulay sólo quisiese dar á entender un discurso breve y sin pretensiones, á que concedería menos trabajo que de costumbre. No empezó á pensar sobre el asunto hasta la víspera del debate, y en ese día copió además una buena parte de su discurso de 28 de Febrero de 1832, sobre la representación de los *Tower Hamlets*, acabó el *Nigrinus* de Luciano y empezó á leer *Gorgias* de Platón, que declaraba «mi diálogo favorito, ó poco menos, desde los días de colegio.»

rios (1).» No siento yo ninguna predilección por Iglesias «establecidas», ni por los sacerdotes; pero me irritaba la violencia con que fué atacado el *bill*.

Era la antigua cuestión de Maynooth bajo un nuevo aspecto. «Se susurra (decía Mr. Hadfield) que el respetabilísimo y elocuete representante de Edimburgo piensa prestar su apoyo al *bill*, y será para mí una cosa curiosa oír su defensa por labios tan elocuentes. No hay hombre que tenga más que perder en reputación, dentro de esta Cámara ó en el país, que el muy honorable *gentleman*.—El honorable representante de Sheffield (contestó Macaulay) no debe esperar oír de mis labios nada que merezca el nombre de elocuencia. Realmente, en su discurso se propuso convencer más que deslumbrar á su auditorio; y la peroración (si así cabe llamarla) no contenía nada que pudiese provocar la desaprobación ni aun del más resuelto «voluntario.» «La impopularidad de una iglesia «establecida» es cosa muy diferente de la impopularidad del resguardo, del ejército ó de la policía. La policía, el ejército y el resguardo pueden ser impopulares por la índole de las funciones que deben desempeñar; pero la iglesia, si es impopular, puede decirse que es peor que inútil: porque sólo existe para inspirar afecto y respeto; y si inspira sentimientos de opuesto carácter, sería mejor que no existiese. Vivamente, pues, suplico á la Cámara no sostenga una institución, que es inútil si no es querida, por medios que sólo pueden servir para que sea odiada.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Macaulay en la Cámara de los Comunes. Para él hu-

(1) Los partidarios del sostenimiento de la Iglesia por asociación y esfuerzo voluntario, más bien que por ayuda y protección oficial.—N. DEL T.



biera sido un bien, según cita predilecta suya, no volver á dejar jamás por la política «la maison d' Aristippe, le jardin d' Épicure.» Las dos primeras discusiones en que tomó parte después de su vuelta al Parlamento le demostraron de un modo inequívoco que debía renunciar á la carrera de orador, á menos de estar dispuesto á correr un riesgo que ningún hombre tiene derecho á correr. El biógrafo de otro célebre literato (1) nos dice que «cuando está preocupado el cerebro y concentrada la energía en los libros, todo esfuerzo para convertir fuera la atención perturba y angustia; y Macaulay, por el estado de su corazón, era muy susceptible para excitaciones de esa naturaleza. En todos los períodos de su vida experimentó antes de hablar esos temblores de que no está libre ningún buen orador—agitaciones cuya naturaleza es difícil de analizar, y más difícil aún de compaginar con la razón y la experiencia;—y durante los últimos años no tenía la energía necesaria para soportar el esfuerzo que exige y la excitación que produce el discurso mismo (2). Cuando volvió á la Cámara de los Comunes de 1852, no aspiraba á volver á ser un *leader*; y pronto debió ver que ni siquiera debía esperar contarse como un elemento activo en las filas políticas. Fué tarde para aprender tan dolorosa lección. Por lo tocante á su asistencia al Parlamento, la indulgencia de sus electores no tenía límites; pero él se inclinaba muy poco á contar con esa indulgencia.

(1) Isaac Casaubon.

(2) «Este discurso (escribe cuando se acercaba el debate de Junio de 1853 sobre la India), este discurso, que debo pronunciar, y que por muchas razones no puede ser bueno, me perturba.» Y en otro lugar: «He pensado todo el día en mi discurso. Estaba muy intranquilo, aunque, como de costumbre, cobré ánimos al aproximarse el momento.»

En la cuestión de las votaciones de partido el criterio de Macaulay era aún el de un wigh que había tomado parte activa en el comité del gran *bill* de reforma y que había figurado en el Parlamento de lord Melbourne, cuando un voto era un voto y la suerte del ministerio temblaba diariamente en la balanza. Pero la misma primera noche de la legislatura de invierno de 1852 le demostró que él no era ya el hombre de 1832 y 1841. El 26 de Noviembre escribe: «Votamos dos veces, y fué una tarea muy fatigosa. Volví despacio á casa á las dos de la madrugada, y me fui á acostar muy rendido. Pocas noches como estas me obligarían á volver á Clifton.» Después del fracaso del presupuesto de Mr. Disraeli, dice: «Yo no me creía flojo para el esfuerzo de ayer hasta que sali; entonces me encontré muy débil y me sentí como solía estar en Clifton.» En una noche de Enero escribe: «Estaba inquieto y muy malo. Fui á la Cámara y busqué pareja» (1). A la vuelta, en el momento de acostarme, recibí una esquela de Hayter diciéndome que había congado conmigo para no votar. No tenía ninguna gana de salir á esa hora y temía el aire de la noche; pero me horroriza el que pueda sospecharse que no juego limpio; así es que me vestí, y volví á la Cámara: arreglé la cuestión, y regresé cerca de las doce» (2).

A tratarse de una cuestión de deber, Macaulay se hubiese preocupado poco de si su constitución podía ó no resistir el trabajo de la Cámara de los Comunes. No era avaro de su salud y de sus comodidades. Pro-

(1) Litera mente: «Paree.» Alude á la costumbre de comprometerse un representante con otro de opiniones contrarias, á no votar sobre una cuestión ó clase de cuestiones.—N. DEL T.

(2) Sería muy irregular, naturalmente, que un representante se concertase para ese fin con dos de sus adversarios.



digar en su trabajo cuanto tenía que dar; afanarse rudamente contra el consejo de los médicos y el aviso aún más seguro y apremiante de sus propias sensaciones; restar un año de su vida, á ser preciso, para añadir un volumen á su *Historia*, eran sacrificios que estaba dispuesto á hacer, como todos los hombres que estiman su tiempo en la tierra por lo que hacen y no por lo que gozan. Pero no podía ocultársele (ni sus amigos se lo consentían) que, cuando estaba aún sin escribir el reinado de Ana, era derrochar lastimosamente sus fuerzas consumir las pocas que tenía en las rutinas pesadas y fatigosas de la vida política, aguardándose á votar todas las noches, y andando media milla por los pasillós á fuerza de dar vueltas arriba y abajo; comiendo en medio del ruido y de la confusión, y haciendo alto de un bocado á otro para una votación de veinte minutos; volviendo á casa trabajosamente á los tres de la mañana por entre barrizales de nieve en días de deshielo, y sentándose detrás de los ministros, en el centro de un banco, bien prensado durante las semanas más calurosas de un verano londonense.

Macaulay tenía, pues, buenas razones para reservarse como miembro del Parlamento. No economizaba sus energías para malgastarlas en otra parte. El cambio de carácter de su correspondencia particular á partir de entonces, indica lo cuidadosamente que contemplaba sus facultades con la idea de emplearlas exclusivamente en sus libros. Al escribir á editores ó directores de publicaciones, no volvió á permitir á su pluma explayarse con aquella pintoresca amplitud de pormenores literarios que hace tan dignas de leerse muchas de sus cartas á Mr. Napier como tantos pasajes de Sainte Beuve. Al escribir á sus parientes, nunca

volvió á agasajarlos con aquellas animadas imitaciones de Richardson, en que describía á sus hermanas las reuniones, las comidas y los debates de la *season* londonense de 1831. Con Mr. Ellis siguió carteándose tan á menudo como siempre. Sus cartas apenas pasaban á veces de una invitación á comer; pero en su mayoría no pecaban de cortas. Escritas en el estilo fácil y casi desordenado de una familiaridad ilimitada, contiene de vez en cuando pasajes que pueden leer con placer los que desean conocer á Macaulay tal y como se revelaba á su amigo predilecto.

Albany; 8 de Diciembre de 1852.

Querido Empson — quiero decir Ellis, pero es que no se aparta de mí la imagen del pobre Empson.—Está muriéndose. A cada hora temo saber que todo ha concluido. ¡Pobrecillo! Era para mí un amigo muy bueno, muy noble, y tan desinteresado y exento de envidia como usted. Acaba de estar aquí Logman, afligido por Empson é intranquilo por la *Revista* (1). Le recomendé á Cornwall Lewis, y no dudo mucho que se le hará el ofrecimiento.

13 de Diciembre de 1852.

El pobre Empson murió con admirable fortaleza. Me dicen que á última hora entraron á su mujer. La habló á ella, á sus amigos y á sus hijos cariñosamente, aunque con completa calma; pero, cuando pusieron sobre la cama al chiquitín, rompió á llorar. ¡Pobrecillo! Por mi parte, preferiría morir en la situación

(1) Mr. Empson había sucedido á Mr. Napier como director de la *Revista de Edimburgo*.



de Carlos I, de Luis XVI ó de Montrose; es decir, completamente solo, rodeado de enemigos, sin nadie, á quien yo quisiese, cerca de mí. Lo terrible es la separación. No me maravilla la frase de Russell: «Ya ha pasado la amargura de la muerte (1).»

30 de Diciembre de 1852.

Me alegro de que le guste á usted *Beaumarchais*. El resultado fué que los Goëzmans se arruinaron completamente; el marido tuvo que dejar su puesto, y la mujer fué llevada á un convento. *Beaumarchais* fué *blâmé* por el tribunal. Ese *blâme* era cosa seria. En su virtud, creo, la persona quedaba infamada legalmente y privada de varios derechos civiles. Pero la opinión pública se había pronunciado tan enérgicamente de parte de *Beaumarchais*, que él hizo alarde de su estigma como si hubiese sido un signo de honor. Tanto se engreía, que alguien le dijo: «*Monsieur, ce n'est pas assez que d'être blâmé; il faut être modeste.*» ¿Comprende usted toda la fuerza de ese intraductible *mot*? ¡Cuántas palabras francesas he usado! ¡Creo que el asunto afrancesa mi estilo! (2).

(1) Hume pinta brevemente la célebre escena entre lord Russell y su mujer: «El día de la ejecución se despidieron con ternura y decoro. Ahora ha pasado la amargura de la muerte — dijo él al apartarse de ella.»

(2) Mr. Goëzman era el magistrado que plantó á *Beaumarchais* después de ofrecer éste á madame Goëzman un presente que ella aceptó. El desafortunado litigante recobró su presente, «y los que le habían chasqueado creyeron quizá que no iría á hacer público, sólo por satisfacer su rencor, un asunto tan vergonzoso para él como para ellos. Le conocían poco. Pronto les enseñó él á maldecir el día en que se atrevieron á burlarse de un hombre de espíritu tan turbulento y vengativo, de un descarado tan audaz y de dotes tan eminentes para la controver-

Toda la semana que viene estoy libre de compromisos. Señale usted un día para comer juntos en celebridad del nuevo año de 1853. Espero que será tan feliz para mí como lo ha sido el de 1852, á pesar de algún padecimiento físico. Es singular que, arrebatándose el tiempo de una manera sensible el vigor y los placeres, yo me sienta cada vez más feliz. Como dice Milnes, es insultante, es escandaloso gozar de la vida como gozo yo.

Albany, 11 de Julio de 1853.

Leí las Memorias de Haydon. Haydon era exactamente el tipo vulgar de un hombre de genio. Tenía todas las particularidades morbosas que los necios creen características de la superioridad intelectual: excentricidad, suspicacia, extravagancia, infinito desdén por los demás hombres; y, sin embargo, era tan pobrete y vulgar como cualquier ente del mundo. Pintaba muestras, y se daba más tono que si hubiese pintado los Cartones... Ora le pegáseis ó le acariciáseis, ya le matáseis de hambre ó le diéseis de comer, siempre tiraba á morderos del mismo modo. Os suplicaba con lastimeros acentos que le compráseis legua y media de lienzo que había estropeado. Algún lord bondadoso le pregunta el precio. Haydon piden cien guineas. Su Excelencia le da el dinero por pura caridad, y él le recompensa con alguna anotación como esta de su Diario: «¡Cien guineas, y por una obra así! Yo esperaba que me hubiese dado mil, siquiera por vergüenza. Pero es un pobre diablo sórdido y ruin.» En-

sia y la sátira.» La reseña que hace Macaulay de ese escándalo en su estudio sobre Bacon evidencia que el escribir acerca de *Beaumarchais* no afrancesaba necesariamente su estilo.



tre tanto, el comprador anda buscando el sitio más escondido de la casa para ocultar el enorme chafarrión por que ha dado, de pura lástima, diez veces más de lo que vale.

Tunbridge Wells, 28 de Julio de 1853.

Supongo que estará usted ocupándose de nuestra excursión. El martes 23 estaré en Albany, apalabraré un criado y sacaré los pasaportes. Mi proyecto actual de itinerario es: Dover, Ostende, Colonia, el Rhin hasta Estrasburgo; el ferrocarril hasta Basilea; coche ó diligencia á Berna y desde Berna hasta Lausana, vapor por el lago de Ginebra; posta á Lyon; remontar el Saona en vapor hasta Chalons; tren á París; tres ó cuatro días en París y regreso á Londres en un día. Pero aceptaré al momento cualquier modificación que usted proponga. Creo que puede usted hacer todo eso y estar en Londres el 18 de Septiembre con una gran provisión de recuerdos agradables y de imágenes de cosas hermosas, naturales y artificiales. Apuesto á que usted me tendrá lástima por decir que espero recrearme más con las catedrales de Colonia y de Estrasburgo que con los Alpes berneses y el lago de Ginebra (1).

(1) Como muchos otros, Macaulay sufrió un desencanto con la catedral de Colonia. «Puse demasiado altas mis esperanzas (dice en su Diario), y quizá nada podía satisfacerme por completo. No igualará nunca á St. Ouen, y apenas llega á la de York, á mi juicio.» De la catedral de Estrasburgo escribe: «Creí que sería el ejemplar más exquisito de arquitectura gótica que yo hubiese visto en mi vida. El interior es grandioso, pero tiene defectos. Las naves laterales son demasiado anchas para su altura. La misma nave central haría mejor si fuese más estrecha. El término de la perspectiva es pobre. Sin embargo, es una iglesia de primer orden.» Gozó de su expedición

Tunbridge Wells, 16 de Agosto de 1853.

Me alegro de saber que dispondremos de tres semanas completas para nuestra excursión... Tendré un buen servidor para el viaje. Puedo permitirme cantar albricias, porque Longman me dice que tendrá que pagarme el 1.º de Diciembre más de 1.300 libras, amén de 500 en la primera semana de Enero; de modo que el total de mis ingresos se elevará este año á unas 3.600 libras, deducido el impuesto de propiedad. Como Dogberry, tendré dos batas y toda clase de lindezas en torno de mí. Pero ¡ay! como Dogberry, he sufrido pérdidas. La Compañía de la India va á descontarme algunos miles, y habré de tomar el cuatro por ciento, en vez del cinco, y aun dar gracias por percibir el cuatro. ¡Cuán justamente decía un antiguo poeta:

*Crescentem sequitur cura pecuniam!*

Sin embargo, como dice lord Smart, ¡al diablo la economía! Tendremos un penique de queso (1). Yo digo: ¡Al diablo la economía! Pasaremos tres semanas agradables en el continente.

Mando á usted un tesoro. Creo que es el autógrafo del gran Roberto Montgomery. Ruego á usted me le devuelva. Por ningún concepto quiero perder tal joya. Le he leído, como desea Mr. Montgomery, en presen-

profundamente. «Así termina este Diario de mis viajes. Han sido viajes muy agradables. He tenido buena salud, buen tiempo por punto general, un buen amigo y un buen criado.»

(1) Lord Smart es uno de los personajes de las *Conversaciones* de Swift.



cia de Dios, y en presencia de Dios, declaro que es incomparable (1).

¡Estupenda noticia! Roberto Montgomery escribe á Longman que la paciencia humana tiene sus límites. Puesto que la resignación y la fortaleza cristiana de un cuarto de siglo no han hecho mella en el duro corazón y en la embotada conciencia de Mr. Macaulay, un poeta injuriado debe apelar á las leyes de su país, las cuales le proporcionarán, sin duda, una reparación tanto más señalada cuanto más ha tardado él en pedirla. Le apalabro á usted. Dese por comprometido. usted elegirá su segundo. Yo no he de poner á nadie sobre usted en esta causa. ¿Querrá él entablar demanda criminal? ¡Figúrese usted á Jack! (2). Profeso el mayor respeto al eminentísimo poeta que formula la querrela y al eminentísimo crítico contra quien la formula. Debe ser muy satisfactorio para Mr. Montgomery haber tenido ocasión de rechazar bajo juramento la imputación de que escribe absurdos. Pero no es práctico de este tribunal admitir querrelas criminales contra libelos que han circulado por el mundo durante un cuarto de siglo...

En la primavera de 1853 la perspectiva de la visita de Mrs. Beecher Stow á Inglaterra traía algo intranquilos á los hombres eminentes que estaban seguros

(1) «Roberto Montgomery (dice Macaulay en su Diario) ha escrito pidiendo que se le quite de la picota. Jamás, con mi consentimiento. Es el escritorzuelo más tonto de mi tiempo; y el que su libro se venda entre cierta clase de público es una razón para que quede consignada mi protesta. Además me ha calumniado, y no quiero que se crea que el miedo me arranca concesiones.»

(2) Es de temer que aluda tan familiarmente nada menos que á lord Campbell.

de ser objeto de la observación de la escritora y de verse en su libro de viajes.

16 de Marzo de 1853. — Comida, después de un largo intervalo, en Westbourne Terrace. Gladstone, lord Glenelg y Goulburn. Hubo mucha risa acerca de Mrs. Beecher Stow y de lo que habíamos de darle. Yo remití á las señoras á los poemas de Goldsmith para que supiesen lo que daría. No me entendió nadie más que Ana; pero algunas han andado á vueltas con Goldsmith desde entonces para descifrar el «enigma» (1).

Un año después escribe Macaulay: «Libro tontísimo é impertinente este de Mrs. Stow. Pone en mi boca una porción de niñerías que jamás dije, sobre todo acerca de las catedrales. ¡Y qué ligerezas comete! Roberto Walpole, por Horacio Walpole. A Shaftesbury, el autor del Acta del *Habeas Corpus*, le confunde con Shaftesbury, el autor de los *Caracteres*. No sabe ver siquiera. A Palmerston, que tiene ojos azules claros, le atribuye ojos negros. Me alegro de haberla visto tan pocas veces, y siento haberla visto ninguna.» El pasaje del libro de Mrs. Stow, á que Macaulay se refiere especialmente, dice así:

«Macaulay hizo algunas observaciones interesantes sobre las catedrales en general. Decía yo que rara vez sabemos quiénes fueron los arquitectos que proyectaron esas grandes construcciones, que á mi me parecían los más sublimes esfuerzos del genio humano.»

El dijo que todas las catedrales de Europa fueron obra indudablemente de una ó dos inteligencias; que se erigieron casi contemporáneamente y fueron cons-

(1) El enigma no es difícil, y su solución vale la pena de recorrer las pocas páginas de los poemas de Goldsmith.